

8

LOS DOS VIRREYES.

DRAMA EN TRES ACTOS,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

117 29.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.



PERSONAS.

EL CONDE DE VERGARA.

DON GARCIA DE ORELLANA.

DON RODRIGO DE LUZ, *conde de Monforte.*

DIEGO.

ANGELINA.

UN JUEZ.

UN SOLDADO.

UN PESCADOR.

Jueces, soldados españoles, pescadores napolitanos, miembros del consejo colateral, &c., &c.

La escena es en Nápoles, el día 10 de noviembre de 1653.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, anti-guo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.



Salon del palacio del virey suntuosamente adornado, cuya bóveda está sostenida por dos robustos pilares. Balcon á la derecha, puerta en el fondo y secretas á los lados.—Mesa con cubierta de terciopelo blasonada. Sillones, escribania, &c., &c.

ESCENA PRIMERA.

EL VIRREY.

Por Cristo!... esa vil canalla
no se contenta jamas.
¡Oh, no he volverme atrás,
ni rehusar la batalla!
¿Quiere el populacho guerra?
Pues habrá guerra y cruel.
Con tu sangre, pueblo infiel,
fertilizaré tu tierra.

(Mirando por el balcon.)

Sí, retoñarán tus mieses
granos con tu sangre rojos,
y trocarán mis enojos
tus frutales en cipreses.
Sangre habrá, duelos prolijos,
y ¡vive Dios! que de hoy mas
en sangre te bañarás;
sangre han de beber tus hijos.



ESCENA II.

EL VIREY. *Varios individuos del consejo colateral son togas &c. Los síndicos, &c.*

Virey. ¡Hola! adelante, señores: entrad y dadme noticias de esa rebelion.

Un consej. Albricias os damos ya. Los traidores se han dispersado; está sola la plaza, y Nápoles todo se calma del mismo modo ante la enseña española.

Virey. ¿Con que vuestra fiel ciudad de Nápoles va ¡par diez! por la vigésima vez contra su rey? En verdad que debiera con mas juicio andar en tales proezas, y no ofrecer mas cabezas al altar del sacrificio.

Consejero. Señor conde...

Virey. Idos de aqui, señores, y no os dé empacho en decir al populacho lo que vais á oír de mí. Decid que mandé plantar una horca en esa plaza y en vez de azote y mordaza sus cuerdas mandé emplear. Decidle que si pensó escudarse con la ley ya no hay mas ley, ni mas rey, ni mas tribunal que yo. Y al que murmure ó se asombre, haré porque el resto calle, matarle donde se le halle, sea muger, sea hombre. ¿Lo habeis entendido bien? Pues id al pueblo á decirlo,

y tomadlo al repetirlo
para vosotros tambien.
Si Nápoles no se humilla
de Castilla al blando yugo,
se humillará del verdugo
bajo la corva cuchilla.
Salid, y no os olvideis
que si no cesa el tumulto,
hago degollar á bulto
á cuatro por cada seis.

ESCENA III.

EL VIREY.

Yo pondré á esa chusma vil
de pescadores soeces
como ellos ponen sus peces
prensados en el barril.
Y si aun me osan levantar
una voz esos infieles,
sobre sus propios bajeles.
se los sorberá la mar.

ESCENA IV.

EL VIREY. DIEGO.

Virey.

¡Hola, servidor leal,
te esperaba con ardor!

Diego.

¡Qué hay por ahí!

Virey.

Nada, señor.

Ya está remediado el mal.

Diego.

¿Cuál ha sido la ocasion
de esa bulla?

El santo celo

de pedir de Masanielo...

Virey.

¿Qué?

Diego.

La canonizacion.

Virey.

¡Diego!

Diego.

No es mas que lo dicho
esos pescadores ruines



que han dado en armar motines
 con el mas terco capricho,
 su cadáver exhumaron,
 y en procesion funeral
 de su amigo el cardenal
 hasta el palacio llegaron.
 Hubo blasfemias atroces;
 mendigos, viejos, muchachas
 con faroles y con hachas,
 pedian á grandes voces
 que declarase por santo
 al rebelde Masanielo,
 mártir de Dios.

Virey.

Y el capelo

Diego.

¿qué es lo que hacia entretanto?
 Estarse como un huron
 encerradito en su alcoba,
 que no es su Eminencia boba,
 ni peca de imprevisión.
 Ya el populacho impaciente
 al ver señas tan inciertas
 en el cardenal, sus puertas
 desvencijaba insolente.
 Mas todo ello concluyó
 muriendo sus esperanzas,
 cuando con setenta lanzas
 metíme en la plaza yo.
 El que en sus piernas no puso
 su salvacion, la cabeza
 perdió allí por su torpeza.
 Ya sabeis que este es el uso.
 Y á los minutos siguientes,
 las mas brabas, en dos filas,
 los tazones y las pilas
 festonaban de las fuentes.
 Con lo cual, los que escaparon
 de esta justicia agarena,
 sin duda en cabeza agena
 escarmentando callaron.
 Tu lealtad no se accrisola
 hasta sacar con sigilo
 el ovillo por el hilo:

Virey.

Diego.

esa hoguera no arde sola.
Teneis razon ; mas espero
que con el cabo en que toco ,
tirando poquito á poco
sacaré el ovillo entero.

*Virey.
Diego.*

Veo , Diego , tu destreza.
Y os asombrará algun dia :
ó soy ó no soy espía.

*Virey.
Diego.*

Con que todo...! pues empieza.
De estas revueltas el germen
no está en el pueblo que grita ;
el cardenal , que os evita ,
y el viejo duque no duermen.
¿El de Guisa?

*Virey.
Diego.*

O yo estoy ciego
ó ese ovillo y esa hoguera
atan y soplan de fuera
los dos; escuchadme os ruego.
Hará como unos tres meses
que á una muger misteriosa
trajo á esta ciudad dichosa
un barco de portugueses.
Tomó esta desconocida
tal precaucion en taparse ,
que fue inútil afauarse
en averiguar su vida.
Jamás abrió sus balcones,
ni alzó su velo tupido
á un saludo comedido ,
ni á las nocturnas canciones.
Y aunque su garbo promete
libertad , nobleza y oro ,
no desmintió su decoro
ni un regalo , ni un billete.
Nadie su casa visita ;
los nobles mas perspicaces,
los mancebos mas audaces
desesperan de una cita.
No pasa por sus dinteles
ni pagedillo , ni dueña
á quien el dinero empeña
en dar ó tomar papeles.



Solo un sombrío escudero,
 con trage ó disfraz de España,
 en silencio la acompaña
 frio como ella y severo.
 Y envuelto en su capa oscura,
 con su espadon abrazado,
 con militar desenfado
 por donde va la asegura.
 Mas, señor, hablando en plata,
 jamás se la vió pasar
 sino para ir á rezar.

Virey.

¿Adónde?

Diego.

A la *Incoronata*.

Virey.

¿A la *Incoronata*!

Diego.

Sí,

es la iglesia mas vecina
 de la calle Catalina.

Virey.

¿Vive esa muger alli?

Diego.

Alli vive.

Virey.

¿En una casa
 de seis balcones?

Diego.

¿Por Dios

la conociais vos?

Virey.

Tengo una noticia escasa
 de esa muger.

Diego.

No sé cómo,

(*Con intencion.*)

porque un hombre hay solamente
 que logró hablarla audazmente,
 y aunque jamas tuvo asomo
 de favor con la hermosura,
 rondó de noche á sus rejas,
 y aun que entonó amantes quejas
 bajo de ellas se asegura...
 mas sin duda el escudero
 salió una noche al cantor,
 porque hubo en una rumor
 tras del cántico, de acero,
 y el músico no volvió.

Virey.

¿Mas qué teneis?

Impaciencia

de oír tanta incoherencia

como tu labio ensartó.
 ¿Qué diablos tiene que ver
 con esta conspiracion
 ese page, esa cancion,
 ni ese hombre, ni esa muger?

Diego.

Idos, señor, poco á poco,
 que si os dignais escuchar,
 en ella habreis de encontrar
 de esta rebelion el foco.

Virey.

Muger, tan joven, tan sola...
 eso es imposible, Diego.

Diego.

Mudareis de opinion luego
 que sepais que es española.

Virey.

Diego.

¡Española!

Sí, escuchad.

Visteis de ayer la horrorosa
 tormenta.

Virey.

Sí, sí; espantosa
 la mar estuvo en verdad.

Diego.

Pues bien, á la hora postrera
 de esta noche tan fatal
 víctima del temporal
 zozobró aqui una galera.

Toda su tripulacion
 se hundió en el mar irritado:
 solo un hombre pudo á nado
 encontrar su salvacion.

Con serena bizarría,
 con invencible constancia,
 ni le arredró la distancia,
 ni temió la mar bravía.

Luchó por mas de una hora
 contra las hondas, y al cabo
 agoló su aliento bravo
 al despuntar de la aurora.

Con sus primeros albores
 desde su barca le vieron,
 y en ella le recogieron
 unos buenos pescadores.

Este hombre, pues, cuya edad
 pasa ya de años cincuenta,
 mas que tiene de los treinta



el brio y la agilidad,
 traia colgado al cuello
 de metal un cajoncillo
 y en un dedo un grueso anillo
 con blasones y con sello,
 rezó un momento, el tesoro
 guardó que en la caja encierra,
 y pagó el saltar á tierra
 con una cadena de oro.
 Desapareció en seguida
 por oscura encrucijada
 sin que dejase marcada
 su huella desconocida.
 Y de mi gente mas lista
 los ojos mas perspicaces
 no han sido hasta ahora capaces
 de rastrearle la pista.

Virey.

¿Mas qué tiene, pesiamí,
 todo ese cuento que ver
 con aquella otra muger?

Diego.

Oid, que vamos ahí.
 Por lenguas que una vecina
 nos dió, sospecha certera
 tuvimos de esa estrangera
 de la calle Catalina.

En su casa sospechamos
 que estaba el náufrago oculto,
 y hace media hora que á bulto
 en ella nos presentamos.

Asaltamos con sigilo
 su alcoba, tras visto todo.

Virey.

¿Y estaba?

Diego.

De ningun modo:
 reposando muy tranquilo
 en su propio lecho hallamos,
 no al náufrago misterioso,
 sino al mozo mas hermoso
 que haber visto recordamos.
 Voto va.

Virey.

Diego.

Los veinte abriles
 contará apenas tal vez:
 pero es un mozo ¡pardiez!

gentil entre los gentiles.

Virey.
Diego.

Concluye en fin...

Con voz fiera

nos dijo insultos atroces,
mas yo desprecié sus voces,
y hallé al fin esta cartera
bajo de su almohada.

Virey.

A ver. (*Las mira.*)

Diego.

Cartas del duque de Guisa!

Por eso con tanta prisa
os las vine yo á traer.

Y este retrato ademas

(*Dale un medallon.*)

que tomé del cuello de ella,
por si aclaraba la huella
de algun rebelde quizas.

Virey.

Dame: es de un hombre y anciano.

Diego.

¡Qué noble fisonomía!

Virey.

¿le conoceis?

No á fe mia,

pero es de maestra mano.

Diego.

mas ese mozo...

Le traigo

Virey.

preso.

Diego.

¿Y la joven?

Ahora

clamando por veros llora

Virey.

en la antesala.

Ya caigo.

Diego.

Quiere por ese traidor

su hermosura interponer.

Virey.

Dice que espera mover

vuestro corazon, señor.

Diego.

Diego, tráemele al momento.

Virey.

¿Ver su escelencia no quiere

á esa muchacha?

Que espere

en el próximo aposento.



ESCENA V.

EL VIREY.

¡ Ira de Dios, ella es!
 ella... mas juro á los cielos
 que él aplacará mis celos
 agonizando á mis pies.
 ¡ Ah, todo lo veo claro;
 en huirme tanto afan
 era por ese galan!
 pero ha de costarle caro.

ESCENA VI.

EL VIREY. D. RODRIGO, *entre soldados*. DIEGO.*Virey.*

(¡ Gallardo mozo en verdad!)

Con que eres tú ese villano
 que osa con traidora mano
 del rey á la magestad?

Rodrigo.

Señor conde de Vergara,
 mudad si os place de tono,
 que es facil que tanto encono
 os salga luego á la cara.

Virey.

¡ Infame!

Rodrigo.

Señor Virey...

Yo tengo un nombre mejor;
 que puede con mucho honor
 servir aun al mismo rey.

Yo me llamo don Rodrigo
 de Luz, conde de Monforte,
 y no hay uno en vuestra corte
 que se compare conmigo.

Y á los nobles, vive Dios,
 no podeis en juicio osar,
 porque sus culpas juzgar
 toca al consejo no á vos.

Virey.

Si lástima no tuviera
 á vuestra edad tan temprana,

Monforte, el sol de mañana,
ya para vos no saliera.
Que aunque decís, con razon,
que no puedo á un noble osar,
puedo sin embargo ahorcar
un reo de alta traicion.
; Yo traidor !

Rodrigo.
Virey.

Pruebas son hartas
que os pueden matar y aprisa,
del noble duque de Guisa,
conde Rodrigo, esas cartas.
; Esas cartas que son obra
de algun esbirro impostor !

Rodrigo.
Virey.

Para llamaros traidor
con cualquiera de ellas sobra.
Pero dejemos á un lado
cuestion que nos sienta mal,
y que justo el tribunal
fallará por de contado ;
vos sois noble y me habeis hecho
tan á tiempo esta objecion,
que renuncio con razon
de juzgaros el derecho.
De próceres teneis, si,
un tribunal competente,
y no hay miedo que yo atente
á vuestros fueros alli,
Nada de eso ; mas con todo
en calidad de virey,
con los traidores al rey,
me cumple obrar de otro modo.
Por lo cual, antes de ir
al tribunal que apelais,
quiero yo que me digais,
y os ruego, que sin mentir.
¿ Qué relaciones os ligan
á una joven estrangera ?...
Es impostura grosera,
señor, cuanto de ella os digan.
De estar como vos la ocusan
puesta en comunicacion
de vuestra conspiracion

Rodrigo.
Virey.



- con las cabezas.
- Rodrigo.* ¡Oh, abusan
de vuestra bondad, señor,
es inocente!
- Virey.* Mancebo,
no sé lo que de ella debo
pensar por vuestro temor.
- Rodrigo.* Es inocente, os lo juro,
señor virey; lo demás
un secreto es que jamás
saldrá de mí.
- Virey.* Os aseguro,
señor Monforte, que tengo
resuelto saberlo todo
y lo direis.
- Rodrigo.* De ese modo,
señor virey, os prevengo
que tan joven como soy
tengo un alma tan entera,
que sin deciros muriera
lo que en callaros estoy.
- Virey.* Brabatas de vuestra edad;
si yo os pongo en la tortura,
á pesar de esa brabura,
confesareis la verdad.
- Rodrigo.* Señor conde de Vergara,
antes que sufrir tal mengua,
os escupiré la lengua
desde el tormento á la cara.
¡Tortura á mí! ¡vive Dios!
antes que hablara yo en ella,
se apagaría la estrella
de uno de nosotros dos.
Aqui vendria mañana
injuria tan afrentosa
á vengar la generosa
nobleza napolitana.
Y el pueblo que os aborrece
con ella unido á la vez,
vuestra tirana altivez
pagara como merece.
- Virey.* Siempre las revueltas olas

de esa servil muchedumbre
cederán según costumbre
á mis lanzas españolas.

Rodrigo.

No os fieis tanto, señor,
que aunque pobres pescadores,
contra duros opresores
su fe les dará valor.

Virey.

Basta: vuestra audacia iguala
vuestra perfidia: y oid
un buen consejo. Salid. (*A los guardias.*)
Diego, espera en la antesala.
(*Salen los guardias y Diego.*)

ESCENA VII.

VIREY. RODRIGO.

Virey. Oídme, joven conde de Monforte. He hecho salir á todos esos testigos cuyos oídos torpes oyendo mal lo que nada les importa, podrían interpretar peor palabras que no estarían en estado de comprender. Ahora pues que estamos á solas, voy á daros un consejo que espero no despreciareis por lo mucho que os interesa.

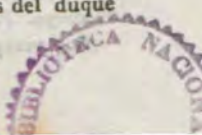
Rodrigo. A la verdad que no alcanzo, señor virey, el verdadero sentido que quereis dar á tan retórico circunloquio; pero ya os he dicho que desprecio vuestras amenazas, y espero á mi vez que no tendreis el orgullo de creer que vuestros torcidos consejos harán mas mella en mi corazón.

Virey. De todas maneras, oid lo que os quiero aconsejar.

Rodrigo. Decid, que os escucho.

Virey. Vos sois aun muy joven para conocer el mundo y las pasiones tal como son en sí; engañosas y corrompidas. Sois, digo, muy joven, y me desagradaría veros ir al cadalso con la frente serena y con heroica resolución por una causa indigna de un alma tan noble como la vuestra.

Rodrigo. Os he dicho, y os lo repito por última vez, señor conde de Vergara, que no tengo parte alguna en la conspiración presente, y que esas cartas del duque de Guisa son una impostura infame.



Virey. No es de eso de lo que se trata ahora. No son cartas del duque, ni la conspiracion, la causa indige de vos; no: puesto que teneis un tribunal competente que os juzgará, si estais inocente como decís, si habeis conspirado como asegurais, nada teneis que mer de la rectitud de vuestros jueces. De lo que quiero hablaros es de esa estrangera.

Rodrigo. Señor virey!

Virey. Oh! veo que la amais con toda la sencillez de vuestro corazon y de vuestros veinte y dos años.

Rodrigo. Pues bien. Si; la amo, la idolatro. Hace mucho tiempo que mi existencia no tiene otro halago ni otra esperanza: pero el origen de esta pasion con cuyo encanto vivo, la razon oculta de mis relaciones misteriosas con esa joven son un secreto de familia que nadie tiene derecho á escudriñar, y cuya confesion os protestaré que no arrancarán á mis labios ni vuestras amonestaciones, ni vuestra tortura.

Virey. Estais trastornado; buen joven, vuestra imaginacion fascinada os hace ver esa pasion por un prisma encantado que embellece y perfecciona cuanto toca al objeto que os la alimenta. Pero creedme, no comprometais vuestros dias, el lustre de vuestro nombre y el reposo de vuestra madre por una muger, que abusando de vuestra ciega confianza os paga muy mal la buena fe con que la entregais vuestra alma inesperta.

Rodrigo. Vive Dios, señor virey, que los que han calumniado en vuestra presencia á esa infeliz criatura han mentido como villanos.

Virey. Acordaos de que empleo inmensos caudales en mantener una severa cuanto necesaria policia, cuyos individuos tienen obligacion de penetrar hasta los secretos mas intimos de las mas oscuras familias. Acordaos de que esa muger que ha escitado mis sospechas hace algun tiempo, ha sido seguida, espiada por todas partes, de noche y de dia; y que no ha dado un paso, no ha pronunciado una palabra, no ha exhalado un suspiro que no haya venido á retumbar en los oidos del virey de Nápoles, quien os asegura que sois víctima de su falsedad.

Rodrigo. Penetro todo el veneno de vuestras frases, señor virey. Quereis vengaros de la firmeza que os he

manifestado, del desprecio que he hecho de vuestras amenazas fiado en mi razon y en la nobleza de la clase á que pertenezco, y quereis emponzoñar mi alma, envolviéndola en las tinieblas de la duda, acerca de lo único en que creo y espero despues de Dios; en el amor de esa muger. Pero os habeis equivocado; la conozco más de lo que pensais, leo en su corazon mejor que vos en el mio, y me atrevo á juraros por las cenizas de mi padre, que no hay en todo Nápoles un solo hombre que pueda jactarse de haber visto el brillo de sus ojos, ni de haber escuchado el encanto de sus palabras.

Virey. Pobre joven! me dais compasion. ¿Qué diriais si yo os presentara uno cuyos ojos hiciesen bajar los suyos, y cuyo acento hiciera brotar sus lágrimas y caer á sus pies pidiendo misericordia?

Rodrigo. Eso es imposible, virey.

Virey. Y si no lo fuera?

Rodrigo. Repito que es imposible, y si hubiese algun comprado impostor que se atreviese delante de mi á sostener tamaño absurdo, por Dios que serian las últimas palabras de su vida, porque yo se la arrancaria donde quiera que le encontrara.

Virey. Pues bien, vos mismo sereis juez en este asunto; voy á mandar que introduzcan á esa muger en este salon, y vereis, noble conde, como no es vuestra presencia lo que mas va á sorprender á la señora de vuestros pensamientos. Hola, Diego!

ESCENA VIII.

DICHOS.—DIEGO.

Diego. Qué mandais, señor?

Virey. Had entrar á esa muger, acusada como cómplice del noble don Rodrigo de Luz, conde de Monforte. (*Al conde.*) Espiad bien el momento en que pase el dintel de esa puerta, y preguntaos á vos mismo á quién de los dos reconoce mas pronto.



ESCENA IX.

EL VIREY. DON RODRIGO. ANGELINA.

Angelina. Señor, si hay en vuestra alma... Cielos! ar
paradme! (*Cae de rodillas á los pies del virey.*)

Rodrigo. Ira de Dios! Angelina!

Virey. Silencio, mancebo: ya veis que hay un hombr
en Nápoles que no solo ha visto el brillo de sus ojos
y oído el encanto de sus palabras, sino delante de quien
se avergüenza y se postra.

Angelina. Señor virey!

Virey. Silencio digo. ¿Y sabeis, joven, por qué se humi
lla delante de otro que vos? Pues sabed que otro ademá
de vos es víctima de sus engaños, porque esta señora
ha jurado delante de otro que un voto indisoluble la
prohibia oír las palabras de ningun hombre; y esto ya
podeis conocer, buen don Rodrigo de Luz, conde de
Monforte, que es renegar de vuestro amor en presen-
cia del virey de Nápoles.

Angelina. No, señor virey, mil veces no.

Virey. Hareis muy mal en dar crédito á sus voces: será
muy capaz de renegar hasta de sí misma.

Rodrigo. Dime, Angelina, dime por piedad que ese
hombre está loco, que lo que dice es un sueño; dime
que no le conocéis, que no le has visto jamas.

Virey. Oh! eso sí que no podrá negarlo.

Angelina. Yo no sé mentir: le he visto.

Virey. Y hablado: señor Monforte. Hola!

Rodrigo. Un momento, señor virey; un momento, po
cuanto caro tengais en el universo.

Virey. Qué quereis?

Rodrigo. Un instante de esplicacion acerca de lo que aca-
bo de oír: oh! una hora de esta angustiosa incerti-
dumbre me ahogaria: os lo aseguro.

ESCENA X.

DIEGO. GUARDIAS.

Virey. Guardad en el aposento inmediato á este noble joven.

Rodrigo. Conde de Vergara, teneis un corazon de buena, y os digo que sois un vil, y un miserable.

Angelina. Perdon, señor, perdon!

Virey. (*A Angelina.*) Apartad. La esplicacion que me pedís, voy á tenerla yo con esta dama; y de sus respuestas depende solo vuestra salvacion y vuestra existencia. Id, pues, señor Monforte, á esperar vuestra sentencia, favorable ó contraria, en el vecino aposento, donde os serán comunicadas las órdenes del virey.

ESCENA XI.

EL VIREY. ANGELINA.

Angelina. Perdonad, señor, si os callé la verdad. Los cielos me son testigos de que mi intento no fue jamás engañaros: pero habia jurado guardar silencio. ¿A qué negároslo, señor? Yo veia que me seguiais por todas partes: oia por las noches las canciones de vuestros músicos al pie de mis ventanas: os encontraba siempre inmóvil y apoyado en el macizo pilar de Nuestra Señora L'Incoronata, y no se me ocultaba que vuestros ojos estaban devorando los míos por cima de vuestro embozo, y á través de mi espeso velo. Pero yo no podia corresponderos; y viendo que mi indiferencia nada podia con vos, que habíais venido dos veces con sacrilega audacia á arrodillaros á mi lado, para dejar caer en mis oidos vuestras tentadoras palabras, dejé de ir al templo, y me pasé los dias y las noches encerrada en mi aposento, sin poder llegarme al altar de nuestra Señora á rogar por mi anciano padre. Ah! todo lo sacrificué, porque siempre aguardaba que vuestro amor...

Virey. Mi amor, miserable criatura! mi amor ha crecido con el tiempo, sí; lo que fue una chispa inflamada al soplo de un pasajero capricho, es hoy una hoguera que llena todo mi corazon, una hoguera inmensa que tus palabras atizan con otro fuego mas devorador, el de los celos. Miserable, me hablabas de un voto que te prohibia escuchar las palabras de los hombres, ¿y bajo tu mismo techo ocultabas, doblemente pérfida, un galán preferido y un enemigo del estado?

Angelina. Llenadme de injurias, señor; descargad sobre

mí toda vuestra cólera : yo no imploro vuestra misericordia mas que para él. Os juro mil veces por la Virgen Maria que es inocente. Uno de los esbirros que asaltaron esta mañana nuestra casa, puso bajo su almohada unos papeles que supuso ser cartas que le acusaban de conspirador.—Pero es una infame falsedad; porque yo se las ví sacar de su jubon antes de ponerlas en nuestro lecho. Oh! yo no soy mas que una infeliz muger; pero si vos no dais crédito á mis palabras, sabré repetir las en alta voz delante de todo el mundo.

Virey. Y nadie te creerá, porque estás acusada de ser su cómplice; y porque aunque todos estuvieran convencidos de su verdad, todos saben que es nulo el testimonio de las cortesanas, y tus lágrimas, tus juramentos y tus súplicas no harian mas que agravar la mala causa de tu amante.

Angelina. ¿Y qué habeis visto en mí, señor virey, para tomarme por una vil cortesana? ¿Qué razones habeis hallado para aplicarme un título tan afrentoso? ¿Será acaso porque mi velo es tres veces mas espeso que el de las doncellas napolitanas? ¿será porque siempre me he presentado en público vestida de luto y acompañada de un viejo escudero, cuya librea no deja dudar de la nobleza de mi sangre? O será porque mis oidos, señor conde, han estado siempre cerrados á vuestras amorosas propuestas? Por vida mia! meditad mejor vuestras palabras cuando toquen á la reputacion de las mugeres, porque dareis á conocer que sois un torpe libertino, y os arriesgais á equivocarse como ahora con una impúdica cortesana á la condesa de Monforte, que os desprecia demasiado para no escupiros á la cara por el baldon que acabais de hacerla.

Virey. Vos condesa de Monforte!

Angelina. Sí, señor virey, esposa de don Rodrigo.

Virey. Su esposa! Oh! circunstancia es esta que no le libraré del cadalso.

Angelina. Perdon, perdon! Olvidad, señor, mis palabras, como yo olvidaré vuestra injuria. Pero os protesto que Rodrigo es inocente; que no ha urdido jamás conspiracion alguna. ¿Qué tiene de comun un noble como él con esa turba de miserables pescadores? Escuchadme, señor, quiero revelároslo todo, porque al fin es fuerza

que lo sepais para que nos hagais justicia.—Hemos sido tan desdichados!...

Virey. Vas á darme algunas noticias de los demas gefes de esa conspiracion?

Angelina. Ah! nada sé de eso, señor.—No os he dicho ya que somos inocentes! Monforte ha vivido mucho tiempo lejos de su pais. Oh! es una historia completa. Si os dignais oirme un momento, os convencereis de nuestra inocencia. Yo perdi mi madre cuando salí á la luz del mundo, y soy española como vos.

Virey. Española!

Angelina. Sí; recibia mi educacion lejos de mi padre, en un convento de Sevilla. Allí, á través de las celosias y de las rejas, penetraron los ojos y los suspiros de un gallardo mancebo que venia todos los dias á nuestros oficios. Supe que era desgraciado, y que todos sus votos se dirigian á suplicar al cielo que le permitiese volver á su patria, y abrazar á su pobre madre que le lloraba... y la compasion hizo lugar al amor, y el amor me precipitó en brazos de la locura. Amé á Monforte, señor, y cuando obtuvo licencia para volver á su pais, no tuve valor para renunciar á su cariño, y huí con él. No quiero contaros los trabajos que sufrimos, mis remordimientos, mi afan, los medios que tuvimos que adoptar... Perdonadme, Dios mio, tan vergonzosa confesion.

Virey. Continudad, continuad.

Angelina. Anduvimos errantes noche y dia como delinquentes perseguidos por la maldicion divina, y el miedo, la fatiga y los remordimientos alteraron mi salud de tal manera, que me vi á las puertas de la muerte. Conmovido de mi deplorable estado, nos recogió en su casa con evangélica piedad un sacerdote de una escondida aldea: y advertida de que llegaba el término de mis dias, escribí á mi padre una carta rogándole que me perdonase: encerré dentro de ella una trenza de mis cabellos, y supliqué al sacerdote que se la remitiese por mano desconocida, á fin de que nunca supiese mi padre la espantosa miseria en que moria, y al menos no maldijese mi memoria sobre mi sepulcro. Hizolo así el buen eclesiástico; mas el cielo dispuso que yo recobrara mi salud, y antes de volver á emprender

Rodrigo. Yo desprecio la amistad de gentes tan infames, como los esbirros del virey de Nápoles.

Diego. Poco á poco, caballero, poco á poco. Es verdad que yo soy quien os ha arrestado; pero olvidais que no os he faltado á la consideracion que mereceis, y que he permitido que me llenéis de ultrajes, y no he hecho caso de las amenazas que habeis tulminado á mis gentes. Además, he escoltado hasta palacio á esa joven á quien amais, mas bien como una imagen que se lleva en procesion, que como una acusada que se conduce á un tribunal. Bien sé que sois inocentes, y lo sé tanto mejor cuanto que conozco al individuo que introdujo al despertaros bajo vuestra almohada unas cartas del duque de Guisa, cuyas cartas llevaba bajo su jabon el individuo de quien os hablo.

Rodrigo. Y quién es, vive Dios! el villano que imaginó tan ruin calumnia?

Diego. Yo, señor mancebo, yo mismo.

Rodrigo. Tú!

Diego. Escuchadme, señor Monforte, y despues sereis dueño de estrechar ó de no admitir la mano amiga que vengo á tenderos. El virey ha encontrado á vuestra esposa dos veces en el templo de la Incoronata. A beneficio de su disfraz la habló el mismo estas dos veces. La primera fue despedido con severidad; la segunda, viendo á aquel hombre obstinado en perseguirla, y temiendo que lo supiéseis vos, le hizo saber que un voto indisoluble la impedia escuchar la voz de los hombres. Todo lo demas que el virey os haya querido hacer creer con respecto á sus relaciones con ella, es una solemne mentira.

Rodrigo. Ah! Dios os premie, buen hombre, la paz que vuestras palabras vuelven á mi corazon.

Diego. Oid. El virey creia ser él solo poseedor de este secreto; se imaginaba que su disfraz le ponía á salvo de todos los ojos, y que todo el mundo ignoraba sus nocturnas escursiones, y las músicas que pagaba como un vulgar galanteador; pero se engañaba. Yo le he seguido como una sombra, me he arrastrado como una culebra por las calles mas solitarias, he trepado como una astuta zorra por las paredes y las escalinatas de los jardines y de los palacios, y me he agazapado co-

mo un huron entre los confesonarios de la Incononata, y todo lo he visto, todo lo he oido... y le he probado bien á su costa, que ha tenido mucha razon en elegirme para su espía favorito.

Rodrigo. Concluid, que me teneis impaciente, y no comprendo...

Diego. Ahora bien, respondedme francamente á la pregunta que voy á haceros. Cuando hace dos años el virey insultó á las mugeres del pueblo, el pueblo pegó fuego á su palacio, y degolló la mitad de su guardia: ahora que el virey ha insultado á las mugeres de los nobles, ¿qué harán los nobles á su vez?

Rodrigo. A dónde vais á parar?

Diego. Yo detesto al virey con mis cinco sentidos; pero si mi boca os hubiera dicho ayer: «conde de Monforte, el virey trata de robaros vuestra esposa,» me hubiérais contestado que mentia como un bellaco. Si os hubiera dicho: «conspirad con nosotros para derrocar al virey,» me hubiérais denunciado antes que uniros á la plebe. He adoptado, pues, otro medio mas seguro; el de denunciaros yo mismo á vos. El tribunal se reúne aqui mismo dentro de una hora, y el virey obtendrá sin duda vuestra condena, porque está ciego por vuestra muger. Ahora, conde de Monforte, quereis uniros á la plebe para derrocar al virey?

Rodrigo. Y quién me responde de tí?

Diego. Os daré la libertad.

Rodrigo. Y á Angelina?

Diego. Oh! esa me quedará en rehenes, para responderme á su vez de vos.

Rodrigo. No quiero: ó lo dos, ó nadie.

Diego. Pues bien, escribid una carta á vuestra madre, que está en Nápoles. Decidla que el virey ha atropellado los fueros de la nobleza, y ha atentado al honor de vuestra esposa. Yo me encargo de hacerla llegar á sus manos, y á las del cardenal Mazarino, y todos los nobles se alarmarán, y la conjuracion mal ahogada por mí en la noche anterior fermentará sordamente robustecida por la nobleza, y estallará dentro de pocas horas para salvaros, tomando la vida del virey en venganza de la vuestra. Dudais? Veo que no teneis fé en mi resolucion, porque ignorais las razones que tengo

para odjar al virey. Pues bien, yo soy español como él, y tenia una muger como vos la teneis ahora: él la vió, como ha visto á la vuestra...

Rodrigo. Basta: cuándo he de escribir esa carta?

Diego. Ahora mismo, en vuestro calabozo.

Rodrigo. Cuándo estará en poder de mi madre?

Diego. Dentro de diez minutos.

Rodrigo. Vamos: pero si me vendes, Dios será mi vengador.

Diego. Os daré todavía otra seguridad.

*Rodrigo.*Cuál?

Diego. Pondré á vuestra muger en vuestro mismo calabozo, hasta que os traiga la respuesta del cardenal.

Rodrigo. Acepto, y toma. (*Le tiende la mano.*)

Diego. Apretad, y vamos. (Y mañana, señor virey, amanecerá dios y medraremos.) (*Diego conduce á don Ramiro por la misma puerta por donde llevaron á Angelina, y cae el telon.*)





Acto segundo.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

EL VIREY. *Los cinco jueces del consejo secreto, sentados al rededor de la mesa. ANGELINA, sentada en un taburete sin respaldo.*

Juez. En fin, señora, si os obstinais en no contestar á las preguntas del tribunal, se verá precisado á usar con vos medios mas severos, ó creará por vuestro silencio que conociéndoos culpable, no teneis razones con que defenderos.

Angelina. El tribunal de los hombres juzgará como quiera, Dios que en el suyo ve mi corazon, no me abandonará á su injusticia.

Juez. Dios no favorece nunca á los culpables, y los jueces de la tierra tomarán en cuenta á imitacion suya la sinceridad del reo en la solemnidad del juicio. Servios pues contestar ingénuamente.

Angelina. Servios, señores, de no molestaros en preguntar mas á quien está resuelta á morir primero que contribuir con una respuesta ambigua á la perdición de una persona á quien está ligada con los vínculos mas sagrados. Sí, señores, repito por última vez que no contestaré á vuestras capciosas preguntas, porque conozco bien la sutileza con que enredariais mi sencillez en el laberinto de ellas, y me hariais concluir por afirmar mil falsedades, sin que mi corazon tuviera par-

te en mis palabras. Esta es vuestra táctica, señores, lo sé muy bien, y sé que delante de vosotros se afirman cosas que jamas nos han pasado por la imaginacion.

Virey. Es inútil, señores, insistir en ello. Esa pobre muchacha está trastornada y seria imposible hallar coherencia en sus pensamientos. Sus declaraciones ademas servirian de poco, siendo, como su esposo, acusada de una traicion cuyos datos posteriores estan igualmente patentes en contra de ambos.

Juez. Os concedemos pues una hora mas para que mediteis las cuestiones sobre que habeis sido interrogada, y si en ella no las satisfacedis en vuestro favor, el tribunal os aplicará la pena que las leyes señalan á los traidores.

Angelina. Mi fe me promete que llegará un dia en que los acusados podrán pedir á sus jueces cuenta de sus juicios ante un tribunal, que no estará sujeto á error, y os protesto, señores, que en ese dia infalible mi voz y mi inocencia se levantarán contra vosotros.

Juez. Llevadla. (*Tocan la campanilla.*)

Angelina. Vamos.

ESCENA II.

EL VIREY. LOS JUECES.

Virey. Esa joven, señores, es Española. Conozco la firmeza de caracter que aquel pais inspira á sus hijos y creo que los medios rigurosos no harán mas que acrisolar el fiero valor de esa muger. Me atrevo á proponeros pues, que mandeis á su calabozo un confesor que merezca vuestra confianza, cuyas suaves y cristianas amonestaciones lo conseguirán todo de su fe sencilla. Los españoles no reniegan nunca de la religion que profesan.

Juez. Asi se hará. Pasemos si gustais, señor virey, al juicio del otro acusado.

Virey. (*Con una señal afirmativa toca la campanilla y se presenta Diego.*)

Juez. Introducid al conde de Monforte. (*Vase Diego y vuelve con don Rodrigo.*)

ESCENA III.

EL VIREY. DON RODRIGO. LOS JUECES.

Juez. ¿Sois Rodrigo de Luz, conde de Monforte?

Rodrigo. Jamas he negado el nombre que llevo, y ahora lo intentaria menos que nunca. Creo que mi nombre no tiene muy gratos recuerdos para vosotros, y me complazco en repetíroslo para sonrojaros.

Juez. Acercaos á jurar sobre estos evangelios que vais á decir la verdad en cuanto el tribunal tenga á bien demandaros.

Rodrigo. El conde de Monforte no ha manchado jamas su lengua con un perjurio, y su palabra vale tanto como el mas solemne juramento.

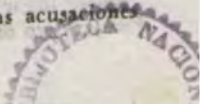
Juez. Mirad, joven, que el tribunal tomará en cuenta la arrogancia de vuestras palabras.

Rodrigo. Está dicho, señores.

Juez. Mirad que se os acusa de rebelion, y que todos sabemos que á pesar de vuestra corta edad habeis sido proscrito con vuestro difunto padre por haber hace pocos años coadyuvado á la sublevacion del pueblo con el infame pescador Tomas Anniello. Mirad que no hemos olvidado que hasta la caida del duque de Arcos no habeis podido volver á vuestro pais, y que vuestra madre lo ha conseguido ahora á fuerza de intrigas. Mirad que el rebelde duque de Guisa os da en estas cartas poderes ámplios hasta para suministrar al populacho dinero y armas contra su legitimo gobierno. Mirad...

Rodrigo. Basta, señor juez, basta. Todo el mundo sabe que mi familia ha sido siempre amiga del pueblo, y que por mas que sus individuos descendan de sangre de principes, no han olvidado nunca que Nápoles es su patria. Yo tampoco lo olvidaré, y os aseguro que aunque mi espada esté guarnecida de oro y mi armadura sea la mas rica que haya salido de las armerías de Milan, no me avergonzaré de esgrimir la una y ostentar la otra al lado de los arpones y los desnudos pechos de los tostados pescadores de Nápoles.

Juez. Reparad que estais corroborando las acusaciones



que pesan sobre vos, y que esto solo bastará para probar al tribunal...

Rodrigo. Ira de Dios! Protesto solemnemente contra la competencia de este tribunal, en donde quereis juzgarme como rebelde para que no asistan á él los próceres que solo pueden juzgar á los individuos de la clase á que pertenezco. Si, señores, protesto contra un tribunal donde no veo mas que á enemigos personales míos, que harto cobardes para atacarme de frente, se cobijan bajo las leyes para saciar su venganza. Y por qué no se halla entre vosotros Ludovico Pignatelli? Dónde estan los dos Carafas? Dónde Ferrante San Severino? Cuando estos miembros se reúnan os tendré por tribunal competente. No á vosotros solos que todos habeis recibido beneficios de mi familia, que no quereis confesar, porque se los habeis pagado indignamente. Vive Dios! á quién de vosotros demandaré justicia! Será á tí, viejo príncipe de Celamaro, que debes la vida á mi padre? A vosotros Carlos Caracciolo y Hector Calpecelatro, cuyas deudas ha satisfecho mi madre! A tí, duque de Maddaloni, á quien yo escondi bajo mi lecho, cuando el pueblo napolitano ofrecia cien ducados de oro al que presentase tu cabeza? Ya veis que os conozco bien, para fiar de vosotros. Pero existe una inocente en quien quereis hacer caer el fallo de vuestra injusta sentencia, y aun ignorais el motivo que la ha conducido á vuestros pies, y voy á deciroslo, para que no incurrais en un error. Porque tuvo la osadia de resistirse á quedar infestada por el impuro aliento de ese libertino hipócrita que os ha reunido aqui.

Juez. Joven, moderad vuestra lengua, ó nos pondreis en la precision de sujetárosela con una mordaza.

Virey. Dejadle decir, señores; su misma cólera atestigua la imposibilidad en que se halla de negar su crimen. Dejadle.

Rodrigo. Señor conde de Vergara, una cosa me resta que deciros y es: que sois un cobarde, y que si algun dia, despojado de vuestras insignias de virey, os encontráis cara á cara conmigo, os lo repetiré en alta voz en cualquier lugar en que nos hallemos.

Virey. Y yo os despreciaré como ahora, mancebo.

Rodrigo. Pues bien, si entonces como ahora no me contestais, porque entonces como ahora me temeis, yo os obligaré á desnudar vuestra espada, haciéndoos una injuria que no podais lavar sino matando ó muriendo.

Juez. Hola! (*Toca la campanilla y aparece Diego.*) Volvedle á su calabozo.

Rodrigo. Si, si, llevadme; pero no iré sin deciros que sea cualquiera la suerte que me prepareis, la arrostraré con fiereza, y os despreciaré como mereceis. Vamos.

Diego. Vamos.

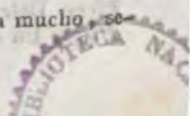
ESCENA IV.

EL VIREY. LOS JUECES.

Juez. Admirable ha sido, señor virey, vuestra paciencia con ese joven.

Virey. La ira, señor juez, no debe tomar parte por la justicia, cuando la justicia es desapasionada y recta. Si el puñal de los conjurados no hubiera amenazado mas que á mi pecho, si solo se tratase de mí, nunca hubieran comparecido esos jóvenes ante vuestro respetable tribunal. Yo lo hubiera sacrificado todo á las consideraciones debidas á la nobleza napolitana, acreedora á mis respetos y simpatías; pero tratándose de súbditos rebeldes á su magestad, tengo, á pesar mio, que llenar este sagrado deber, que Dios sabe hasta qué punto me es penoso y repugnante. Solo os suplico, señores, que al fallar vuestra sentencia no os acordeis de las amenazas y dicerios que ese acalorado joven ha tenido la audacia de dirigirme. Cumplid, nobles señores, todos los deberes que la justicia y la seguridad de vuestro pais exigen; pero sed mas benignos que severos. En cuanto á mi declaro solemnemente que si como ejerzo ante vosotros el terrible ministerio de fiscal, tuviera voto decisivo en el consejo, tendria presente al sentenciar la juventud, la inesperienza y la desgracia de los criminales. No lo olvideis pues, y pasad si os place á ese gabinete, porque yo no puedo asistir á vuestra secreta votacion.

Juez. Esa clemencia y esa bondad os honran mucho, se-



ñor virey, y tendremos presente al administrar la justicia las virtudes de vuestra persona ultrajada.
Virey. Id pues, nobles señores, pero que no sea esa la razon que mas pese en vuestra balanza.

ESCENA V.

EL VIREY.

Id, mentecatos, id: y no os olvideis de dorar el temor que me teneis con las virtudes que me encomiais. Id á pensar una sentencia, con la cual me querais tener agradecido, cuando no sois mas que las figuras que el jugador coloca y mueve sobre su tablero. Encareced como política y clemencia la fascinacion que ejerzo sobre vosotros, porque con la misma política con que os obligo á servirme obligaria á otros á handiros en el polvo de que os he sacado.—*Diego.*

ESCENA VI.

EL VIREY. DIEGO.

Diego. Señor.

Virey. Se ha buscado ese sacerdote que ha de recibir la confesion de esa joven?

Diego. Sí, señor escelentísimo: hemos dado la comision á un reverendo monje, cuya inteligencia ha servido ya al tribunal en semejantes ocasiones.

Virey. Me has comprendido perfectamente.

Diego. Este monge tiene toda la confianza de los jueces, y su fama de santidad hará que su declaracion pase por válida y verdadera, como si las palabras fuesen las de la misma acusada.

Virey. Es decir que en todo caso estará pronto á asegurar que niega ó confiesa en el momento que sea necesario.

Diego. Siempre que la caridad de los que le confian semejante comision, se esplique con él generosamente por su servicio.

Virey. Dale eso. (*Le da un bolsillo.*)

Diego. En nombre del virey de Nápoles?

Virey. No : en nombre de los jueces del consejo secreto.

Diego. Está bien, fiad en mí.

Virey. Dentro de dos horas á lo mas recibirá orden para salvarla ó para condenarla.

Diego. Es decir...

Virey. Que esa muger ha de pertenecer dentro de dos horas al virey ó al verdugo.

Diego. Y en cuanto al joven?

Virey. En cuanto al joven, como Dios no lo disponga de otro modo, infaliblemente será del último.

Diego. Teneis razon. Porque dice un refran de nuestro pais, que el hombre propone y Dios dispone.

Virey. Es verdad. Pero los jueces salen : retiráte.

ESCENA VII.

EL VIREY. LOS JUECES.

Virey. Habeis concluido ya la votacion?

Juez. Si, señor virey. He aqui el fallo del tribunal, cuya ejecucion os está encargada como suprema autoridad de Nápoles.

Virey. Y yo la cumpliré exactamente, sea cual quiera, aunque estoy seguro de que Dios habrá puesto en vuestros corazones la rectitud de su justicia.

Juez. Tomadla, y mirad si teneis algo mas que pedir al tribunal.

Virey. Quisiera, señores, que tuvierais presente que la joven condesa de Monforte nada ha declarado : y que el estado de su juicio, segun los facultativos, exige mas indulgencia...

Juez. Dentro de una hora un comisionado oirá su postrera declaracion, y sea la que quiera, vos, en nombre de S. M. Católica, podeis usar con los acusados la clemencia ó el rigor á que los juzgueis acreedores.

Virey. Está bien.

Juez. El cielo os guarde, señor virey.

Virey. Dios guie vuestros pasos, nobles señores.



ESCENA VIII.

EL VIREY.

Bien; ya estan llenas todas las formalidades de la ley. Veamos la resolucion. (*Lee en secreto.*) A la última pena... quedando su ejecucion al arbitrio del virey.— Oh! esto es mas de lo que yo esperaba! Esta sentencia puede ejecutarse en secreto ó en público; de noche ó de dia; puede elegirse el género de muerte mas conveniente. Diego!

ESCENA IX.

EL VIREY. DIEGO.

Virey. Ya estan en mis manos, gracias á tu celo, leal servidor.

Diego. El tribunal...

Virey. Mira. (*Diego mira la sentencia.*)

Diego. En esa sentencia, señor virey, se trasluce claramente vuestra benignidad. Si yo hubiera sido juez hubiera mandado clavar la cabeza de ese joven sedicioso en una pica á las puertas de la ciudad, y su mano derecha en las de vuestro palacio. ¿Y cuándo se ha de ejecutar?

Virey. Dentro de dos horas, fiel servidor. Pero escucha. Pon á Monforte en el calabozo del enverjado que da á la galeria subterránea, y tráeme la llave de caracol que desde mi dormitorio conduce á ella: quiero decirle cuatro palabras antes de morir. En cuanto á su esposa, la harás llevar á la sala del norte de mi palacio, y la anunciarás mi visita: porque ya te he dicho que ha de pertenecer al virey ó al verdugo. Y á propósito qué dicen esos villanos de mis justicias?

Diego. Todo Nápoles está tranquilo como un sepulcro, y se ha dispuesto que se ilumine esta noche la ciudad, y que se os manifieste la gratitud del estado, á quien acabais de salvar, dándoos una magnífica serenata.

Virey. Mi triunfo no puede ser mas completo, Diego. Pero ahora recuerdo... tus esbirros duermen?

Diego. Os comprendo, señor, y os confieso que esa inculpacion me avergüenza. Teneis razon para estrañar que no haya caido en nuestras manos el desconocido, á quien salvaron los pescadores de Puzzola. Todo lo hemos escudriñado con la mas esquisita sagacidad, pero ha sido inútil.

Virey. No sé por qué; pero ese desconocido es una sombra que anubla mi esperanza, y no me acuerdo de él sin un aciago presentimiento.

Diego. No hay otro medio, señor; ó ese hombre se ha vuelto á la mar que le arrojó á nuestras playas, ó yace oculto en vuestro propio palacio. Os respondo con mi cabeza de que fuera de este recinto no se oculta dentro de los muros de Nápoles.

Virey. Pues bien, Diego; te autorizo para registrarlo todo. Abre mis habitaciones mas retiradas; penetra en mis oficinas mas escondidas; baja á mis calabozos mas oscuros; pero si no me presentas á ese hombre muerto ó vivo, acepto tu cabeza, que acabas de ofrecerme, por garantía.

Diego. Y qué término me señalais para cumplir vuestra voluntad?

Virey. Acaba de anochecer: te doy dos horas.

Diego. Os prometo, señor virey, que antes que hayan espirado tendreis en vuestra presencia, muerto ó vivo á ese misterioso incógnito. *(Saluda y se va.)*

ESCENA X.

EL VIREY.

Ahora, corazón, respira
el ámbar de la esperanza.
Ahora, ó amor ó venganza
cumplida has de conseguir.
Ya soberano absoluto
de este pais de placeres,
sus hijos y sus mugeres
de hinojos me han de servir.

(Empieza á verse el resplandor de la ciudad, que se ilumina, y se oyen músicas, canciones y vivas á lo lejos.)

Asi, servil muchedumbre,
 asi, festéjame, canta;
 tu voz hasta mí levanta
 con tus aplausos... asi.
 Arrástrate humildemente
 á las plantas de tu dueño;
 su orgullo arrulla y su sueño
 con dulces cánticos, sí.
 Bien haces: gózate y canta;
 que tan lejos de Castilla,
 las nuevas de tu mancilla
 á España no llegarán.
 La fama de tu hermosura,
 la riqueza de tus playas
 do quier que á quejarte vayas
 á desmentirte saldrán.
 Nápoles, ciudad dichosa
 de deleite y de pereza,
 no hay corona en mi cabeza,
 mas soy tu rey en verdad.
 Ya no alzan tus pescadores
 de Amalfi, ni de Sorrento
 sobre tu golfo sangriento
 sus himnos de libertad.
 Castilla ganó tus tierras;
 y en nombre yo de Castilla
 te tiranizo, y se humilla
 ante mis plantas tu grey.
 Tu golfo oprimen mis naves,
 y en tus torres altanera
 clavada está mi bandera
 en el nombre de mi rey.
 ¡Pueblo insensato! á quien hizo
 para servir el destino,
 canta y rie, ese es tu sino.
 Tu fortuna es tu ilusion.
 Canta, que á fé que me halagan
 al son de tus blandas olas
 las alegres barcarolas
 con que cantas tu opresion.

Cantan dentro.

Era Nápoles un día
 un inculto paraíso,
 y venderle fue preciso
 al cuidado de un señor.
 Ora canta sin afanes
 de su golfo entre las olas
 solo amantes barcarolas
 su olvidado pescador.

Pero acaso
 estudia y fragua
 en el agua
 otro cántico mejor.

Virey.

¡Qué alegres son esas danzas,
 qué dulces esos cantares!
 ¡los aplausos populares
 cuánto agradan al señor!
 ¡Cuánto exalta mis antojos
 y mis ansias enardece,
 y mi ser enorgullece
 el cantar del pescador!

Cantan dentro.

Está Nápoles dormida
 por las ondas arrullada,
 pero Nápoles no olvida
 lo que debe á su señor.
 Y del chuzo con que rompe
 las escamas á los peces
 puede hacer como otras veces
 una lanza el pescador.

Porque acaso
 estudia y fragua
 en el agua
 de vivir modo mejor.

Virey.

¡Vive el cielo! de esa estrofa
 con el doblado sentido



ese imbécil ha querido
insultar á su señor.
¡Hola!

(Aparece un esbirro.)

Al punto, què me saquen
de esa torpe concurrencia
y que venga á mi presencia
ese infame pescador.

(Vase el esbirro.)

Con un cordel á la gola
y un crucifijo en la mano,
cantar haré á ese villano
su postrera barcarola.
Si él puede como otras veces
hacer del chuzo una lanza,
yo haré que tomen venganza
de sus lanzadas los peces.

(El virey se asoma al balcon, y mientras vuelve la espalda aparece por una puerta secreta y embozado don Garcia, que le escucha.)

Virey. (Mirando por el balcon.)

Mas á su barca se acoge,
¡vive Dios, y el remo abarca
y huye! yo haré que otra barca
á darle caza se arroje.
Y aunque el mismo Bercebú
se la ayude á remolcar
por Dios que le he de atrapar.

(Al volverse ve á don Garcia, y dice espantado.)

Mas, Cristo! quién eres tú?

ESCENA XI.

EL VIREY. DON GARCIA.

Garcia. Callad.

Virey. ¡Socorro!

(Va á tocar la campanilla, y don Garcia le sujeta la mano.)

*Garcia. Es en vano,
señor conde de Vergara;*

*Virey.
García.*

escuchadme cara á cara,
ú os hago polvo la mano.
¡Soltad!

Escuchadme pues,
que en secreto hemos de hablar,
y lo que oigais, enterrar
en el alma fuerza es.
Virey habeis sido vos
de Nápoles por seis años,
y horror son ya vuestros daños
de los hombres y de Dios.
Por saciar vuestros placeres,
jueces habeis corrompido,
empleos habeis vendido,
y deshonrado mugeres.
Con rastrera hipocresía
abusando del poder,
os dispensais de tener
religion, fè, ni hidalguía.
Tras el denso cortinaje
de una justicia severa,
escondeis de un alma fiera
el hondo libertinaje.
Y asi á vuestra escelsitud
creisteis que no llegaban
mäs que ojos que se cegaban
con vuestra falsa virtud.
Pero un perpétuo testigo
que por do quier os seguia,
y que sumiso os servia
de la sospecha al abrigo,
avariento os espiaba
vuestra eterna sombra hecho,
y á los pies de vuestro lecho
por la noche se sentaba.
El, con vengativo empeño,
con incansable teson
ganó vuestro carazon,
de todo vos se hizo dueño.
Y no hay escondida idea,
no hay intencion solapada
que por él comunicada



sabida del rey no sea.
 Tu nombre pues se ha borrado,
 Vergara, del libro de oro;
 tus haciendas, tu tesoro,
 todo está ya confiscado.
 Y encontrándote tu rey
 á sus favores ingrato,
 te aparta del vireynato
 y te acusa ante la ley.

Virey. Espectro amedrentador,
 mensagero funeral
 de esa nueva tan fatal,
 aparicion de pavor,
 ; delante de quién estoy,
 quién eres, vision tirana!

Garcia. Don Garcia de Orellana,
 virey de Nápoles, soy.

(Don Garcia se desemboza y queda en traje negro con el toison al cuello. El virey cae á sus pies de rodillas. Al inclinarse cae de su pecho el retrato cogido á Angelina, y que él guardó en el primer acto. Lo recoge, lo mira un momento comparándolo con don Garcia, y despues que este le dice con desprecio los cuatro primeros versos se levanta el conde con aire de triunfo y tomando con don Garcia un tono irónico.)

Garcia. No os humilleis ante mí,
 y hablemos, Vergara, claros.
 Yo no he venido á ultrajaos,
 y me avergonzais así.

Virey. (Mas ; qué veo! Dios me apresta
 represalia bien segura.)
 Estímoos tanta mesura
 en ocasion tan funesta:
 obedecer sé que debo
 las órdenes de mi rey,
 y acato su augusta ley,
 y á murmurar no me atrevo.
 Mas veo que generoso
 ser conmigo pretendéis.

Garcia. Ruégoos que me perdoneis,
 si al veros tan orgulloso

Virey.

en palabras propaséme.
Perdonado estais, señor.

Yo encendí vuestro furor,
pues al veros exaltéme.

Garcia.

Apenas pisé la tierra
que teniais en gobierno,
creí que todo el infierno
se hacia en ella la guerra.

Corria la sangre á arroyos,
y al resplandor del incendio
ví quedar con vilipendio
los cadáveres sin hoyos.

Y ví lágrimas correr,
y oí imprecaciones tales,
que mis sentidos cabales
llegué á dudar de tener.

Por todas partes oí
maldeciros y acusaros.

Entonces, ¿á qué engañaros?
Vergara, os aborrecí.

Por quedar mas convencido,
yo mismo veros ansí,
y con ira os escuché
cerca de vos escondido.

Señor conde, perdonad:
os juro de buena fe
que al oír me horroricé
por vos mismo la verdad.

(El virey se sonríe y oye sereno.)

Ahora, pues, órdenes reales
sujeto á cumplir estoy,

á dar al consejo voy
mi fe con mis credenciales.

Vos á partir disponeros
para Castilla podeis.

Un momento.

¿Qué quereis?

Quiero un pacto proponeros.

No os sorprendais. A pesar
de hallarnos á tal distancia,
aun puedo con arrogancia
con mi sucesor pactar.

*Virey.**Garcia.**Virey.*

García,
Virey.

Decid.

Yo he mandado aquí seis años, y bien quizás: dejadme dos horas mas el gobierno que perdí.

García.

¿Sabeis cuando el mar bravío mi barco anoche sorbió con qué fuerzas nadé yo?

¿Sabeis qué afán era el mio?

No era la sed de mandar, no era, conde, la ambicion; que está ya mi corazon harto de humo popular.

Mi fuerza fue la esperanza de alzar el yugo execrable que á este pueblo miserable habeis puesto: y la tardanza de cada breve momento

que pasaba bajo de él, era un manantial de hiel abierto en mi pensamiento.

Juzgad si iré á conceder las dos horas que pedís.

Virey.

¿Es decir que no admitís?

García.

Vergara, no puede ser.

Virey.

Por última vez, señor, dos horas y nada mas.

García.

Vergara, haceos atras, la bajeza me da horror.

Virey.

Dos horas.

García.

Ni dos instantes.

Juré ante el rey y el altar á Nápoles libertar

de vos, y será cuanto antes.

Virey.

Lo jurásteis...; vive Dios!

¿Qué os importa haber jurado, á olvidar acostumbrado vuestros juramentos vos?

García.

¡Infame!

Virey.

A espacio, señor, que habeis llegado á jurar á vuestra hija vengar,

García.
Virey.

y aun vive su seductor.
¡Vive! ¡oh! ¿adónde está, adónde?
Dadme el tiempo que os propongo,
y en vuestras manos lo pongo.

García.

Sois un miserable, conde.
Mas os vais al precipicio;
porque ó habláis al momento,
ú os mando atar al tormento.

Virey.

Don García, estais sin juicio.
¿En olvido habeis echado
que aquí mi juez os han hecho,
y el juez no tiene derecho
para osar al acusado?

García.

¡Desventurado de mí!

Virey.

¿No hay, pues, medio de que hableis?
Las dos horas que calleis
y siga el gobierno en mí:
no hay mas medio.

García.

¡Voto al sol!

Quien da en tan infame traza,
¿cómo dirá que su raza
es de solar español?

Virey.

Mentira!... lo dice á voces
el pueblo... sois un bandido,
las hienas os han tenido
en sus entrañas feroces.
Seguid, me teneis sujeto
bajo el yugo de la ley;
mas pensadlo bien, virey,
dos horas vale el secreto.

García.

Pues bien; ya que tanto os cuesta
de Nápoles el gobierno,
llévese el mando el infierno
y escuchadme otra propuesta.
Yo con ciega idolatría
amé á la hija de mi amor:
ella era el bien mayor,
el único que tenia.
Por ir al campo á lidiar
por mi rey y por mi España,
el tiempo de la campaña
la hice en un claustro guardar.



Robómela un seductor,
 y fué mi única esperanza
 vivir para la venganza
 de aquel engaño traidor.
 Mirad su carta postrera:
 siempre la llevo conmigo
 de mi llanto por testigo
 y para atizar la hoguera
 de mi cólera: pues bien;
 á España, conde, partid,
 sinceraos en Madrid,
 y haced con oro que os den
 el vireinato: interino
 quedará yo, y aunque enormes
 vuestras culpas, daré informes
 que salven vuestro destino.

Virey.

No, que habrá en mi contra allí
 (*Oyese á lo lejos la serenata.*)

acusaciones tamañas,
 que las mayores hazañas
 se volverán contra mí.

No: ya que habeis dado un paso
 á la reconciliacion,
 aceptad en conclusion
 y no andeis en gracia escaso.

Garcia.

No, Vergara; tanto empeño
 el gobierno en conservar,
 me hace de vos sospechar
 mal designio y no pequeño.

Oid: no hay mas que un solo hombre
 que ahora en esa serenata
 pueda á esa turba insensata
 dar ó descubrir mi nombre.

Concibo todo el pesar
 que debe ser para vos
 saber á cual de los dos
 vienen ahí á festejar.

Conozco que os es gran pena
 ver que esos himnos comprados
 para vos aparejados
 celebran la dicha agena.

Conozco que la esperanza

de vengar mi propia afrenta
 es cebo que mi fe tienta
 á otorgaros la tardanza
 de dos horas que pedís ;
 pero no puede mi honor
 ser ni dos horas traidor
 á mi rey y á mi pais.

Virey.

Pues bien, si estais decidido
 á que con vos no transija,
 ahí teneis de vuestra hija
 ese recuerdo perdido.

(Le da el retrato.)

Garcia.
 Virey.

¿Y quién esta prenda os dió?
 El sacerdote que oyera
 su confesion postrimera,
 y enviárosle me encargó.
 Dijo que enviarlo era ley
 á don Garcia derecho,
 y esta ocasion aprovecho
 para dárselo al viréy.

Garcia.

Virey.

¡Sin duda el cielo maldijo
 hasta su último recuerdo!
 La pobre murió en su acuerdo,

(Con malignidad.)

y con afan muy prolijo
 os encargó la venganza
 de aquel que os la arrebató,
 y que al fin la abandonó
 sin consuelo ni esperanza.
 Dijo que murió en sus brazos
 maldiciendo al seductor
 que la abandonó traidor.

Garcia.

Basta : quiero en mil pedazos
 su corazon dividido ;
 necesito su existencia.

Virey.

Garcia.

¿Luego acepta su esclencia...?
 Sí acepto vuestro partido.

Virey.

¿Ese hombre...

A mí está sujeto ;
 yo sé quién es solamente,
 y á ese precio únicamente
 os vendo vuestro secreto.



Garcia. Sea. ¡Dios lo quiere así!
No puede mi corazón
con tan grave tentación
sucumba mi honor aquí.
Escribid, que os dejo dueño
(*El virrey escribe.*)
del mando dos horas más,
y de no volverme atrás
palabra y firma os empeño.
Virrey. Firmad pues.

Garcia. Tomad.

Virrey. (*Con ironía.*) Señor,
hoy me habeis hecho feliz.

Garcia. Y á mí vos con vuestro ardid
me habeis hecho ser traidor.

Virrey. Pasemos á ese aposento,
pues primero de entregárosle
necesito asegurárosle.

Garcia. Pero sed breve.

Virrey. Un momento.

(*Entran por la puerta que dá á la cámara del virrey,
y en este momento se oye la serenata al pie del bal-
con, y suenan voces de viva el conde de Vergara, viva
el libertador de Nápoles.*)

ESCENA XIV.

DIEGO, con linterna y llaves.

Ya se fueron: bien me lo imaginé cuando dejé de oírlos á través de la cerradura. Y á fé que hubiera dado cualquier prenda buena por oír su conversacion. Sin embargo, de nada me han servido mis sentidos de espía. Este aposento se come las palabras que se pronuncian dentro de él, y no he alcanzado más que murmullo.—Cómo ha de ser.—Vamos á separar al conde de Monforte de su hermosa mitad, antes que su excelencia me los coja en el garlito. (*Vivas fuera, y se asoma Diego al balcon.*) Si, si, tocad. Así como así mañana puede ser que os den doble cantidad de la que yo os he dado hoy, para tocar en nuestro entierro. Pero como

asi no sea, vive Dios! que he de volver á buscaros para tocar en los funerales del virey á quien celebrais. —Mas no perdamos tiempo, que dá dos veces quien dá primero, y hombre prevenido vale dos, como dice el refran de nuestra tierra. (*Entra por la puerta secreta de la izquierda que conduce á las prisiones, y cae el telon.*)





Acto tercero.

Prision en el interior del palacio del virey. Puerta en el fondo con una rejilla en medio, á través de la cual se alcanza una larga y oscura galeria guardada por centinelas. En la prision y á la izquierda una puerta secreta y un balconcillo á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. ANGELINA.

Angelina. Si es cierto, Rodrigo, inclina
la frente; que yo te vea:
el placer completo sea
de tu adorada Angelina,
y en dicha tamaño crea.
No hay mas que tú para mí:
escuche yo de tu acento
palabras de amor aquí,
y es tuyo mi pensamiento,
mi existencia es para tí.
¡Suspiras!

Rodrigo. Miro en tu frente
tan galano resplandor,
aureola tan refulgente,
que suspira tristemente
el pecho ansioso de amor.
¡Por Dios! en donaire sola,
en gala y cortesania
bien puede á la luz del dia
mi enamorada española
disputar la primacia.

Es tanto el placer que siento
viéndote, hermosa, á mi lado,
y es tal mi enagenamiento,
que olvida mi pensamiento
nuestro destino menguado.

Angelina.

Mayor, Rodrigo, es el gozo
que mi alma siente, mayor;
y á merced de este alborozo
es para mí el calabozo
santuario de nuestro amor.

Rodrigo.

Ilusoria es por demas
esa amorosa quimera;
soñando, Angelina, estás:
que aquí la muerte me espera,
y acaso tú...

Angelina.

No, jamás:

vivir sin tí, ¿qué me vale?

Rodrigo.

Si es cierto, Angelina hermosa...

Angelina.

Sí, sí, Rodrigo; no hay cosa
entre los hombres que iguale
la dicha de ser tu esposa.

Loca de amores dejé
por tí mi patria y mi hogar,
y embelesada, la fé
del alma te consagré
de hinojos ante el altar.

Por tí crucé de los mares
las alborotadas olas,
y hoy en tus nativos lares
olvido por tus cantares
mis canciones españolas.

No hay mas deidad para mí
que la imagen que retrata
el cristal en que te ví:
jamás mi oracion sin tí
se elevó en la Incoronata.

Rodrigo.

Angelina, ¿quién tuviera
tu amante incredulidad!

Angelina.

Solo en el mundo me espera
amor y felicidad

Rodrigo.

á tu lado, viva ó muera.
Mas no hallo fé en el espía.



Angelina. Libertarnos me juró.

Rodrigo. Sin duda que juraría
por ver si revelaría
secreto importante yo.
Porque, Angelina, á juzgar
por su faz torba y sañuda,
por su siniestro mirar,
mi fé en sus promesas duda;
nada me atrevo á esperar.

Angelina. Rodrigo, no sé por qué,
mas tengo en ese hombre fé;
y no me inspira recelo
quien la cárcel hizo un cielo
uniéndonos.

Rodrigo. Dicha fué,
y un cielo es para los dos
mientras juntos nos hallamos,
mientras nos vemos y hablamos;
y es del cielo, sí, ¡por Dios!
el aire que respiramos.
Mas ¡ay de mí! ¡qué dolor
será y qué amarga la suerte
si nos conduce traidor
de los brazos del amor
á los brazos de la muerte!

Angelina. Y á un tiempo nos matarán,
porque á tu cuello mis brazos,
Rodrigo, se anudarán,
y á no hacérmelos pedazos
de tí no me apartarán.

Rodrigo. Mas no viene... ¡Ob, tarda mucho!

Angelina. Vendrá para nuestro bien.

Rodrigo. A cada ruido que escucho
con dudas horribles lucho.

(*Ruido de pasos.*)

Angelina. ¡Rodrigo!

Rodrigo. Angelina, quién...

Angelina. Me ha parecido escuchar
pisadas.

Rodrigo. Sí, oigo á fé mía
por el caracol bajar.

Angelina. ¡Cielos! tiemblo á mi pesar. (*Abren.*)

Rodrigo. ¡El es!
 Angelina. ¡Diego!
 Diego. ¡Ave Maria!

ESCENA II.

DON RODRIGO. ANGELINA. DIEGO.

Diego. Bendito sea Dios, amables jóvenes: no me ha costado poco trabajo llegar hasta aquí. Gracias á que yo estoy acostumbrado á vivir á salto de mata, y me escuro como una anguila entre las espadañas, y paso sin ser visto por los ojos de las cerraduras y por los resquicios de las puertas como un espíritu.

Rodrigo. Acabad, por compasion, buen hombre. Habeis entregado mi carta?

Diego. En la propia mano de vuestra madre, la condesa viuda de Monforte.

Angelina y Rodrigo. Y qué?

Diego. La pobre señora exhaló su dolor en lamentos; me preguntó cien veces las circunstancias de vuestra prision; maldijo otras tantas la perfidia del virey; porque lo que es yo no me anduve en chiquitas, sino que la espeté la historia de las músicas que daba á esta señora á la puerta de vuestra casa de la calle Catalina, los disfraces que usaba para seguirla á Nuestra Señora L' Incoronata...

Rodrigo. Adelante, adelante; vamos á los efectos de vuestra relacion.

Diego. Los efectos, señor conde, son los siguientes: vuestra madre, convencida del riesgo inminente que os amenaza, se ha vestido de luto, se ha lanzado á los pies de los nobles de la Sede Capuana, donde está inscripta vuestra familia, y les ha repetido palabra por palabra cuanto yo la he dicho de vos, de esta señora y del virey. Podeis suponeros que no me habré quedado corto con respecto al último. Sus lágrimas han enternecido á la aristocracia napolitana, que aborrece de muerte tanto al pueblo como al virey; se ha aprontado dinero, se han desenterrado hachas, lanzas, esto-

ques, arcabuces, y en una palabra, la conspiracion que yo sofoqué malamente ayer, cercenando cabezas de cuatro tontos, que acaso nada tenian en ella, cunde sor-
damente por los barrios mas pacíficos de la ciudad, y el estallido será espantoso. Mi gente lo revuelve todo, y los agentes de la nobleza no se descuidan. Pero aun-
que este negocio es de éxito infalible, todavia fio yo mas en un personage misterioso que está en este mo-
mento con el virey, y á quien ha hecho cejar hasta sus últimos atrincheramientos.

Rodrigo. Ah! qué puede hacer ese hombre solo contra todo el poder del virey de Nápoles?

Diego. No toda la fuerza consiste en las espadas que se llevan á la cintura, ni en las lanzas de los guardias que custodian un palacio. Unos pocos renglones de mala letra escritos en un pedazo de mal papel, logran muchas veces lo que no consiguieron poderosas arma-
das y ejércitos aguerridos.

Rodrigo. Luego ese desconocido...

Diego. Viene de la corte de España.

Rodrigo. Con alguna mision secreta, sin duda.

Diego. Yo no atino á punto fijo con su mision; pero ello es que traía para mí uno de esos pedazos de papel, de que os acabo de hablar, y al mostrármele anoche en una callejuela oscura, y á la luz de un farolillo ago-
nizante, os confieso que me quité respetuosamente mi sombrero, y le dije con la frente doblada hácia la tier-
ra: «Mandad, señor; yo estoy pronto.» Ahora ved si quien me hizo á mí descubrir y doblar la cabeza ante un papel, podrá hacer caer de rodillas al virey delan-
te de otro. Parece que os asombráis de mis noticias?

Rodrigo. Si en verdad.

Diego. Pues son mas seguras que los cerrojos de vuestra prision.—Pero no gastemos el tiempo en palabras inú-
tiles. El virey puede bajar por ese caracol de un ins-
tante á otro, y es preciso, señora condesa, que no os encuentre aqui.

Angelina. Y á dónde quereis llevarme? Separarme de Monforte, mi esposo, es dejarme sin amparo, sin de-
fensor, á merced de ese mónstruo de perfidia y de li-
bertinage.

Diego. Con harto sentimiento mio voy á conducirlos á

un aposento situado en la torre del Norte de este palacio, donde él mismo me ha mandado llevaros.

Angelina. Oh! no, no me apartaré de aquí un solo paso. Que venga si quiere á hacerme pedazos; pero sea á los ojos de Monforte, que me vengará ó morirá conmigo.

Rodrigo. Eso sí, ¡vive Dios!

Diego. No hay que afanarse tanto por tan poca cosa, señores. El esbirro Diego no os perderá de vista ni aquí ni en la torre del Norte, y estad descuidada, condesa; el brazo y el puñal del esbirro Diego se interpondrá siempre entre vos y el conde de Vergara. Yo he sido hace tiempo vuestro angel tutelar y su espíritu tentador. El virey está ya ligado á la tierra por un hilo muy delgado, y al menor esfuerzo de mi mano se romperá, y el abismo que yo he abierto á sus pies se le sorberá irremisiblemente. Pero es fuerza no darle tiempo á que sus sospechas se corroboren, y con sutiles maquinaciones retarde su hora y abrevie la nuestra. Os aseguro que nada teneis que temer si me seguís, pero no respondo de nada si os quedais.

Rodrigo. Separémonos, *Angelina* mia. El cielo velará por nosotros, y se encargará de vengarnos si ese hombre es un miserable impostor.

Diego. Dentro de una hora, señor Monforte, me presentaré delante de vos, y espero que habreis mudado de opinion. Vamos, que siento pasos en el racol.

Angelina. Adios, Monforte.

Rodrigo. Protéjanos su misericordia.

Diego. (*A Angelina.*) Ah! esperad un instante. (*A don Rodrigo.*) El virey os hará probablemente una visita; conque será preciso que os encuentre atado como me encargó, para no dar pábulo á mis sospechas.

Rodrigo. Cobarde!

Diego. Oh! sí; os teme sin duda alguna: y acaso en vez de bajar á encontraros cara á cara, se asomará por aquel balconcillo, infernal invencion á favor de la cual se goza y se cerciora de los sufrimientos de sus víctimas.

Rodrigo. Sea en buen hora, y Dios os perdone esta afrenta, que tolero fiado en vuestras promesas. (*Diego le ata*

mientras habla.) Adios, Angelina mia; ruégale por nuestro porvenir.

Diego. Dios os guarde, joven. Dentro de una hora habremos subido á su tribunal, ó estaremos celebrando nuestra victoria en los salones del palacio del virey de Nápoles.

Rodrigo. Quiera nuestra buena estrella que sea como decís.

ESCENA III.

DON RODRIGO.

¿Será verdad? ¿Hipócrita y cobarde
de mi desgracia mofará el espía
para arrancarme con placer mas tarde
la rica flor de la esperanza mía?

¿Será que asi un ejemplo tenebroso
de sublime tormento se le alcanza,
ó cumple un mandamiento poderoso
protegiendo tal vez nuestra venganza?

¡Loca ilusión! No hay mas que lo presente,
y el puñal que en secreto ya se aguza:
necia ilusión que huye de la mente
como polvo que el viento desmenuza.

¿Quién puede ballar en los chispazos rojos
que en sus pupilas á la voz se encienden
de sangre y de venganza, que sus ojos
las esperanzas de mi amor comprenden?

¿Quién no ve en su furtivo movimiento
que acecha la ocasion para lanzarse
como el tigre feroz que está sediento,
y con sangre no mas quiere embriagarse?

No hay mas allá: del misterioso espía
la fúnebre y siniestra catadura
horas solo de horror y de agonía
al receloso corazon augura.

No hay mas allá: mi sangre generosa,
mi sangre manchará los escalones
del cadalso, y allí de gente ociosa
servirán de tudibrio mis blasones.

¡Pobre Angelina! Al saludar un día

tus pocos años y tu frente pura
 en la fértil, gentil Andalucía,
 patria, templo y eden de tu hermosura,
 en premio de tu amor no imaginaba
 que en las playas de Nápoles hubiese
 un caballero vil que te esperaba,
 y no tu amante, tu verdugo fuese.
 Perdóname, Angelina, si te pago
 tan tristemente tu pasión primera;
 funesto ha sido para tí y aciago,
 lo que mi gloria y mi entusiasmo era.
 Este amor infeliz que me devora,
 este amor infeliz que nos tenemos,
 ¡ay! Angelina, dentro de una hora
 sepultura con él nos abriremos.

ESCENA IV.

DON RODRIGO. EL VIREY.

Virey. Salud, el conde de Monforte...

Rod. ¡Cielos!

Virey. ¿El conde de Vergara?

Que al impulso

de la piedad se rinde y generoso
 abandona el salon de los vireyes,
 por acorrer en su postrera hora
 al mancebo gentil Napolitano
 que se dignó estrechar de la española,
 embriagado en amor, la linda mano.

Rod. Bien haceis en reir amargamente
 y en el alma gozar: nuestro destino
 es diferente aqui; si no lo fuese
 responderia mi valiente acero
 á la mofa sangrienta y al insulto
 del que es, aunque virey, mal caballero.

Virey. ¿Que siempre lenguaraz el noble conde
 olvide mi razon y mi justicia!

Rod. ¿Razon, justicia, el conde de Vergara?

Virey. Hipocresía, mucha.

¿Y la paciencia?

¿no os parece tambien de gran cuantía?
 Oidme y pesareis en lo que vale.
 Hay un virey en Nápoles... el conde
 de Vergara, Monforte, que celoso
 de cumplir su deber, en el mancebo
 de la Sede Capuana, al peligroso
 conspirador halló.

Rod.

Mentís...

Virey.

Si miento,

ya sancionó Monforte la mentira,
 el consejo y la ley... Preso Rodrigo
 reclamó á tiempo de su noble éstirpe
 los rancios privilegios, y celoso
 de cumplir su deber el de Vergara,
 cedió á su pretension; y el pueblo todo
 de Nápoles entiende que se guardan
 con él los miramientos de costumbre.
 Mirad esa espaciosa galería,
 mirad la reja del encierro abierta;
 el pueblo hablaros puede; sois un noble;
 mas ¡ay del pueblo, si llegó á esa puerta!
 desde lejos os vé y os compadece.

Yo os miro muy de cerca y me consuelo.

Rod.

Y Dios de tanto crimen ya cansado,
 la maldicion preparará en el cielo.

Virey.

Mientras que llega seguiré la historia;
 y si en algo apreciáis vuestra existencia,
 no tan pronto la echeis de la memoria.
 Esos soldados que con faz adusta,
 ni reparan en vos, ni en la riqueza
 de esos vestidos, ni el bizarro porte,
 ni imbéciles recuerdan la nobleza
 de que hicísteis alarde en el consejo
 que de Castilla os distinguió en la corte,
 estátuas son; pero, entendedlo, estátuas
 que al amagar no mas la muchedumbre,
 con sangre y fuego cegarán la entrada
 al populacho alborotado y ciego
 que pretenda asaltar esta morada.
 Hay sin embargo una muger...

Rod.

Vergara...

ten esa lengua; y si á manchar su nombre

te atreves, pronunciándole tu boca,
desde mi encierro escupiré en tu cara.

Virey. Angelina...

Rod. ¡Villano!

Virey. No llegará hasta mí vuestra arrogancia:
Hay entre un preso, aunque de noble estirpe,
y de Italia el virey mucha distancia.

Angelina tal vez pudo en un día
menos enamorada de Monforte,
de amor cediendo á la demanda mia,
la vida libertar y gentileza
de su noble mancebo, y los blasones
del que atrevido acaso y con mancilla
de la casa infanzona de Orellana
á un monasterio la robó en Sevilla...
Mas hoy es tarde ya: ría en buen hora
su galana y espléndida hermosura,
recuerde en su escondido calabozo
el aura matinal que amante y pura
meció en vergeles de pintadas flores
vuestras sabrosas pláticas de amores.
Dentro de poco tan amante yugo,
merced á la justicia de Vergara,
romperá la cuchilla del verdugo.

Rod. Piedad, señor, piedad... En mí tan solo
cébese tu rencor: yo he conspirado,
yo he querido arrastrar las españolas
banderas por el fango: sí; yo he dicho
que era un villano el conde de Vergara,
un infame traidor, un asesino...

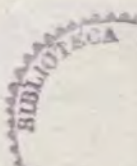
Reid, conde, reid... ese es el nombre
que mereceis...

Virey. A fé que me entenece
tu súplica cortés, pero es ya tarde...
Un sacerdote confesó á Angelina...
y el sacerdote declaró al consejo:
ya ha firmado, Monforte, su sentencia;
y ejecutada hoy, que no mañana,
dentro de un hora su fatal destino
te anunciará el clamor de la campana.

Rod. Dejadme, por favor...

Virey.

Primero ella...



yo te perdono á tí ; yo te desprecio...
 Hay un anciano en Nápoles, que quiere
 una afrenta vengar que tú le hiciste...
 Me ha comprado tu vida, y generoso
 sin paga se la dí: y breve espacio
 á tu lado estará; poca distancia
 hay de tu calabozo á mi palacio.

ESCENA V.

DON RODRIGO, *solo*.

¡Pobre Angelina! horribles desengaños
 halló en mi patria tu cariño ardiente;
 ¡tan pura y bella y de tan pocos años
 en Nápoles morir tan tristemente!
 ¿Quién me dijera ¡ay Dios! cuando rezaba
 en una catedral de Andalucía,
 que yo mismo ¡ay de mí! te preparaba
 prision, cadenas, y cadalso un día?
 ¡Perdóname, mi bien! antiguas salas
 de dorado artesón, montones de oro,
 de seda ricas y escogidas galas
 y de mi eterno amor el gran tesoro...
 Hé aquí, Angelina, el porvenir que ufano
 en el calor de su amorosa llama
 el de Monforte presentó en su mano
 á la que mártir hoy padece y ama.

(*Se arrodilla.*)

Cuando en el cielo, serafín hermoso,
 al lado de los ángeles sentada
 desde tu asiento de eternal reposo
 dirijas á este mundo una mirada,
 búscame por do quier, ¡oh mi Angelina!
 que yo te juro me hallarás de hinojos,
 y desde el trono de tu luz divina
 en tí clayados hallarás mis ojos.

ESCENA VI.

DON RODRIGO. DON GARCIA.

Rodrigo. ; Ya viene el verdugo á mí!
 Recibe, pues, madre mia,
 el adios de mi agonía
 que exhalo lejos de tí.

(Se arrodilla como en oración.)

Garcia. ; Cuán cobarde es la traicion!
 allí está ese hombre de hinojos
 destilando por los ojos
 el miedo del corazon.—
 Mancebo.

Rodrigo. ¿Qué quieres?
 Garcia. ¿Sabes

Rodrigo. cuántos años has vivido?
 A cortarlos has venido:
 suplicote, pues, que acabes.
 Y dí á quien aquí te envia
 despues de mi ejecucion,
 que solo en su corazon
 cupiera tal villanía.

Garcia. Mancebo, engañado estás:
 ni yo su verdugo soy,
 ni á sus órdenes estoy,
 ni me obligaron jamás.
 A entrar en tu calabozo
 una razon me sujeta
 tan justa como secreta.
 Respóndeme, pobre mozo:
 ¿tienes padres?

Rodrigo. ; Ay de mí!
 Quédame solo mi madre,
 porque á vivir mi buen padre
 ya hubiera llegado aqui
 por cima de los escombros
 de este palacio fatal,
 é ido yo en marcha triunfal



- de sus vasallos en hombros,
Garcia. Si era cual dices tan noble,
 siento que no esté á tu lado
 para que fuera ; malvado!
 tu afrenta y la suya doble.
- Rodrigo.* ; Ah! te comprendo: del yugo
 teme el virey que su presa
 se le escape, y tiene priesa.
 Ea, pues, hiere, verdugo;
 haz de tu crueldad alarde.
- Garcia.* Mozo, traeme á tu prision
 tan solo mi corazon.
- Rodrigo.* Entonces sois un cobarde.
- Garcia.* ; Ira de Dios!
- Rodrigo.* Si en verdad,
 lo sois, si como decís
 á asesinar me venís
 de espontánea voluntad,
 os habrá dicho el virey:
 allí le teneis atado;
 sustituid de contado
 la injusticia de mi ley.
- Garcia.* No mas al virey me nombres,
 y escúchame en conclusion;
 que es fuerza que á mi razon
 te amedrentes y te asombres.
 Había un noble en Sevilla
 leal cual nadie en la tierra,
 el cual se partió á la guerra
 con las huestes de Castilla.
 Tenia este hombre consigo
 una hija, tierna y hermosa,
 que crecía virtuosa
 de su amor bajo el abrigo.
 Mas á la guerra al marchar,
 por mas que le fuera en pena
 á la vigilancia agena
 la tuvo que encomendar.
 Fió, pues, en el misterio
 de un cláustro, y aunque no sola,
 sujeta á un aya dejóla
 cerrada en un monasterio.

Pero ¡oh fortuna cruel!
 sin conciencia y sin pudor
 un infame seductor
 se introdujo astuto en él.
 La embriagó con sus promesas,
 y la infeliz criatura
 aborreció la clausura,
 saltó sus verjas espesas,
 y arrojándose en los brazos
 de aquel corruptor maldito,
 cometió el primer delito
 haciendo mi honor pedazos.
 ¡Vos sois su padre! ¡Señor,
 perdon!

Rodrigo.

García.

Rodrigo.

García.

Rodrigo.

García.

Me vas comprendiendo,
 según parece.

¡Oh! comprendo
 de un padre el justo furor.

Escúchame, pues, villano,
 y entiende que solo vengo
 á decirte que yo tengo
 tu vida entera en mi mano.
 Oid primero, señor.

Nada tengo que escuchar;
 ni yo te vine á matar
 á oscuras como un traidor.
 Sé, conozco tu inocencia;
 con una palabra mía
 sé que salvarte podía
 el honor con la existencia;
 mas tú fuiste el asesino
 de mi hija, y aunque es injusta
 tu sentencia, es cosa justa
 que se cumpla tu destino.

¡Yo asesino de Angelina!
 Aquí hay un error fatal.

No solo con el puñal
 ó el veneno se asesina.

Miserable seductor,
 tú el sepulcro la has cavado,
 tú me la has asesinado,
 mas vilmente, con tu amor.

Rodrigo.

García.



A las fatigas y viajes
 á que esponerla has querido
 para matarla, has unido
 tus desprecios, tus ultrajes.
 Con tu amor la enloqueciste;
 mas del suyo te cansaste,
 y al cabo la abandonaste,
 y al fin pereció la triste.

Rodrigo.

¡Viven los cielos, señor!
 vos sois víctima fatal
 de alguna trama infernal.

Garcia.

Mira, infame, el confesor
 (Mostrando el retrato.)
 que la escuchó en su agonía
 con sus palabras postreras
 en que encargó que murieras
 este retrato me envía.

Rodrigo.

¡Es el vuestro!

Garcia.

El mío, sí.

Yo al cuello se le colgué
 cuando á lidiar me marché.

Rodrigo.

Todo lo entiendo, ¡ay de mí!
 Los esbirros del virey
 del cuello se le arrancaron
 cuando mi casa asaltaron
 en el nombre de la ley.

Garcia.

¿Sin duda él mismo os le dió?
 Sí por cierto.

Rodrigo.

¡Y él, de fijo,
 que murió Angelina os dijo!

Garcia.

El mismo.

Rodrigo.

Señor, mintió.
 Mintió; pura y virtuosa
 lamentando nuestro error,
 vive Angelina, señor.

Garcia.

¡Vive!

Rodrigo.

Vive, y es mi esposa.

Garcia.

¡Tu esposa!

Rodrigo.

En la soledad
 de una aldehueta española
 en nuestra fuga asaltóla
 peligrosa enfermedad.

Salvóla el favor de Dios,
y nuestro delito es
no haber ido á vuestros pies
en lugar de huir de vos.

Garcia.

Vive ¡ay de mí! ¿Dónde está?

Rodrigo.

Alza, sígueme, corramos.

Garcia.

Dios quiera que no vayamos
muy tarde en su auxilio ya.

Rodrigo.

¡Qué dices!

El alborozo
refrenad, padre y señor,
que por resistir su amor
suspira en un calabozo.

Garcia.

¡Amor! ¿de quién?

Rodrigo.

De Vergara.

Garcia.

¡Él! ¡el infierno le auxilia!

¿él insultar mi familia?

Saldrále su audacia cara.

¡Oh! haré un terrible escarmiento:

yo le arrancaré el toison,

enlodaré su ropon,

y le haré sin miramiento

cumplir con la ley completa,

y al suplicio por traidor

irá como un malhechor

sentado en una carreta.

¿No me comprendes, mancebo?

Mas respira á tu placer,

que es inmenso mi poder

y á todo con él me atrevo.

Del poder de que abusó

apartó á Vergara el rey.

¿No es ya Vergara el virey?

No; ahora el virey soy yo.

¡Ah! desatadme, y salgamos...

Sí, que todo cabe en él.

Rodrigo.

Garcia.

Rodrigo.

Garcia.

(Va don Rodrigo á la puerta por donde entró don Garcia, y la halla cerrada.)

Rodrigo.

Mas resiste este cancel...

Garcia.

¡Cielos! perdidos estamos.

Cerróle detras de mí

cuando aqui me acompañó,



y el lazo que me tendió,
ciego de rabia, no ví.
¡Vive Dios!

Rodrigo. Desdicha fue
de nuestra suerte tirana.
(*Suena la campana.*)
Mas ¡Dios santo! la campana.
¡Todo se perdió!

García. ¿Por qué?

Rodrigo. Esa campana, señor,
anuncia que mi Angelina
hacia el cadalso camina
sin consentir en su amor.

García. ¡Ah! todo lo entiendo ahora.
Por eso el traidor Vergara
pedia que le dejara
mandar aun una hora!
creí á la hija de mi amor
vengar entretanto en tí.

Rodrigo. ¿Y habeis consentido?

García. Sí.

Rodrigo. ¡Ah! ¿qué habeis hecho, señor!

(*Durante esta escena y la siguiente óyese doblar pausadamente la campana de moda que no estorbe á la representacion. Oyese murmullo como de cánticos sagrados á lo lejos, y la luz de las hachas que se supone que acompañan á Angelina penetra por la reja de la puerta, por la que no debe verse mas que el resplandor.*)

García. Mas oye ¿qué significan
esas voces religiosas?

Rodrigo. No sé, pero me estremecen.

García. Se ve resplandor de antorchas
por esa reja,

Rodrigo. ¡Dios mio!
¿Qué procesion tenebrosa
de enlutados es aquella
que se aleja por las cóncavas
galerias?

(*Se asoman á la reja tapándola con sus personas, impidiendo al público ver lo que pasa por el fondo.*)

García. Es sin duda

algun entierro.
 Rodrigo. Oid : dobla
 un atambor destemplado.

Garcia. Oye , oye lo que pregonan.

Rodrigo. ¡Es una justicia!

Garcia. Escucha.

(*Suena el pregon á lo lejos.*)

Voz. Esta es la justicia que manda hacer en nombre del
 rey nuestro señor, su esclencia el conde de Vergara,
 virey de Nápoles, en la persona de Angelina de Ore-
 llana, por delito de lesa magestad.

Garcia. Tened, canalla traidora.

Yo soy el virey de Nápoles.

Abrid pronto esta mazmorra,
 ó ; voto á Dios, que en cenizas
 tornaré la ciudad toda!

Rodrigo. Ay, padre, que estan muy lejos,
 y vuestras voces ahoga
 la multitud que murmura
 y en vano intentais que os oigan.

Garcia. ¡Oh! ya se pierden cruzando
 las galerias tortuosas.

Rodrigo. Todo es en vano ; señor.

Garcia. El corage me sofoca.

Guardias , soldados , á mí:
 al que mis cerrojos rompa,
 le haré tan rico , que pueda
 despreciar una corona.

Un soldado. (*Por fuera de la reja.*)
 ¿Qué es lo que estais ahí gritando?

Garcia. Llega, buen soldado, toma.

(*Alargando por entre la reja sus credenciales.*)

Yo soy el virey de Nápoles,
 mis credenciales en forma
 son esas ; corre al consejo
 á presentarlas, y pródiga
 mi mano te abrirá de oro
 cuanto mi raza atesora.

Soldado. (*Riendo.*)

¿Vos el virey?

Mira, mira.

Garcia.

Soldado. Vaya , esta gente está loca.



- García.* Lee por piedad, y la firma
verás del rey.
- Soldado.* ; Esa es otra!
ni yo sé leer, ni nada
de lo que decís me importa.
- García.* ; Por cristo crucificado!
Si llamas quien nos socorra,
te haré alcaide del castillo.
- Soldado.* ; Y si por ello me ahorcan
antes de llegar á serlo?
- García.* ; Triste de mí! ; No hay quien ponga
fin á tan duro suplicio!
; Con que ningun medio logra
tener ese asesinato!
- Soldado.* ; Pobre viejo: cómo llora!
- Rodrigo.* ; Y aun esa fatal campana
temerosamente dobla!
- García.* ; Y va á la muerte mi hija....!
- Soldado.* Calla, sois de esa señora...
- García.* Su padre, ; voto á los cielos!
; no lo has entendido hasta ahora?
- Rodrigo.* ; Oh! te enternece, soldado,
nuestra situacion penosa!
- García.* ; Por la Virgen sacratísima!
Esas credenciales toma,
corre al consejo, y la salvas.
Es inocente.
- Soldado.* En buen hora:
dadme esos papeles, dadmelos;
que si hago esa buena obra,
todo lo demas es nada.
- Rodrigo.* Toma, y vuela, y Dios te acorra.

ESCENA VI.

DICHOS.—EL VIREY, que durante la escena anterior se
habrá asomado al balconcillo.

- Virey.* Llegará tarde, señores.
- García.* ; Oh vivora ponzoñosa!

El cielo ponga en tu alma
el pesar que me destroza.

Virey. Yo os juro, buen don Garcia,
que comprareis á gran costa
el vireinato de Nápoles.

Garcia. Téngale tu alma ambiciosa,
si tanto el mando te agrada.
Yo te le vuelvo.

Virey. Me sobra
con las dos horas que tengo.

Garcia. Tiembla, traidor: esas horas
te abreviará tu consejo.

Virey. Es esperanza ilusoria:
yo presentaré contra ellas
tu firma y palabra propia.

Garcia. ¡Oh, por piedad, tu venganza
descarga en mí... mas perdónala!
(*La campana deja de tocar.*)

Rodrigo. (*Espantado.*)
¡Infelices de nosotros,
ya la campana no toca!

Garcia. ¡Dios mio!
Y ya está cumplida

Virey. su sentencia. Sed ahora
virey de Nápoles, sedlo:
y vuestra primera obra
sea abrir su sepultura
y hacer celebrar sus honras.

Garcia. ¡Oh, calla, y Dios te maldiga!
(*Vuelve á sonar la campana con mas prisa.*)

Rodrigo. Escuchad: otra vez dobla
la campana.

Virey. ¡Cielos!
Padre,

Rodrigo. á rebato es lo que tocan.
(*Suenan arcabuzazos, tambores y clarines á lo lejos.*)

Rodrigo. ¡Tiembla, miserable, tiembla
si la fortuna se torna!

Virey. ¡Tiembla, si yo te presento
la cabeza de tu esposa!

(*El tumulto y las voces se acercan. Oyense gritos de
¡muera el conde de Vergara!, y se ve por la reja de*

la puerta el resplandor de los hachones. Don Garcia y don Rodrigo se abalanzan á la puerta , gritando á los de afuera.)

Rodrigo. Aquí , soldados , aquí ;
favor á Nápoles.

Un soldado. ¡ Hola !
Aquí estan : ¡ eh ! camaradas ,
abajo la puerta.

Otro. Otra
palanca por ese lado.

Virey. ¡ Cielos ! la turba traidora
los calabozos asalta.
Huyamos.

(Va á salir y halla cerrados las puertas del balconillo.)
¡ Mas qué alevosa
traicion : por dentro han cerrado
este balcon !

(Golpea y empuja las puertas que no ceden.)
¡ Oh , ellos doblan
sus esfuerzos ! ¡ Me han vendido !
mas mi suerte no me importa
si se logra mi venganza.

Pueblo. ¡ Adentro !

ESCENA VII.

Cae la puerta y entran en tropel soldados , pescadores villanos , &c. , &c. , con antorchas , chuzos , picas , sables , &c. DON GARCIA Y DON RODRIGO , al ver que no viene entre ellos Angelina , dan un grito y van á salir diciendo á un tiempo.

Garcia. ¡ Virgen piadosa !
¿ Y mi hija ?

Rodrigo y Garcia. ¿ Angelina ?

Virey. *(A don Garcia.)*
No la esperes :

Diego. *(Dentro.)*
Abridnos paso.

Rodrigo.

¡ Ese acento...!

(Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo á Angelina, la cual se echa en los brazos de don Garcia y de don Rodrigo.)

Rodrigo.

¡ Dios mio, es ella!

Garcia.

¡ Hija mia!

Angelina.

¡ Padre, esposo!

Virey.

¡ Ah, él me vendia!

Un pescador. (Viendo al conde de Vergara.)

¡ El virey!

Pueblo.

¡ Muera!

Diego.

¡ Eh! con tiento. 3

(Al virey.)

Las vueltas os he cogido,
señor Vergara, que al cabo
el astuto vence al brabo
y en mi trampa habeis caido.

(El balcon se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al virey.)

Mi cabeza me exigisteis
ó el incógnito del mar,
y os le vengo á presentar:
aqui está el que me pedisteis.

(Señalando á don Garcia.)

¡ Oh rabia!

Virey.

¡ Muera!

Pueblo.

¡ Matarle,

Otros.

matarle!

Garcia.

Todos atras.

Solo el rey tiene no mas
derecho de castigarle.

Vergara, á su real consejo
os remito, y sin encono
como quien soy os perdono,
y como vencido os deajo.

Y esta piedad que acrisola
mi justicia y mi nobleza,
os prueba cuánta grandeza
cabe en un alma española.

(Los guardias retiran del balcon al conde de Vergara.)

Don Garcia toma de la mano á su hija y á don Ro-

la puerta el resplandor de los hachones. Don Garcia y don Rodrigo se abalanzan á la puerta, gritando á los de afuera.)

Rodrigo. Aquí, soldados, aquí;
favor á Nápoles.

Un soldado. ;Hola!
Aquí estan: ;eh! camaradas,
abajo la puerta.

Otro. Otra
palanca por ese lado.

Virey. ;Cielos! la turba traidora
los calabozos asalta.
Hayamos.

(Va á salir y halla cerradas las puertas del balconcillo.)
;Mas qué alevosa
traicion: por dentro han cerrado
este balcon!

(Golpea y empuja las puertas que no ceden.)
;Oh, ellos doblan
sus esfuerzos! ;Me han vendido!
mas mi suerte no me importa
si se logra mi venganza.

Pueblo. ;Adentro!

ESCENA VII.

Cae la puerta y entran en tropel soldados, pescadores villanos, &c., &c., con antorchas, chuzos, picas, sa- bles, &c. DON GARCIA Y DON RODRIGO, al ver que no cie- ne entre ellos Angelina, dan un grito y van á salir di- ciendo á un tiempo.

Garcia. ;Virgen piadosa!

;Y mi hija?

Rodrigo y Garcia.

;Angelina?

Virey. *(A don Garcia.)*

No la esperes:

con ella el mando me compras.

Diego. *(Dentro.)*

Abridnos paso.

Rodrigo. ¡Ese acento...!

(Diego, abriéndose paso de repente, se presenta trayendo á Angelina, la cual se echa en los brazos de don Garcia y de don Rodrigo.)

Rodrigo. ¡Dios mio, es ella!

Garcia. ¡Hija mia!

Angelina. ¡Padre, esposo!

Virey. ¡Ah, él me vendia!

Un pescador. (Viendo al conde de Vergara.)

¡El virey!

Pueblo. ¡Muera!

Diego. ¡Eh! con tiento. ¡

(Al virey.)

Las vueltas os he cogido,
señor Vergara, que al cabo
el astuto vence al brabo
y en mi trampa habeis caido.

(El balcon se abre y deja ver dos hileras de soldados españoles que guardan al virey.)

Mi cabeza me exigisteis
ó el incógnito del mar,
y os le vengo á presentar:
aqui está el que me pedisteis.

(Señalando á don Garcia.)

¡Oh rabia!

Virey. Pueblo. ¡Muera!

Otros. ¡Matarle,

matarle!

Garcia. Todos atras.

Solo el rey tiene no mas
derecho de castigarle.

Vergara, á su real consejo
os remito, y sin encono
como quien soy os perdono,
y como vencido os dejo.

Y esta piedad que acrisola
mi justicia y mi nobleza,
os prueba cuánta grandeza
cabe en un alma española.

(Los guardias retiran del balcon al conde de Vergara.)

Don Garcia toma de la mano á su hija y á don Ro-



drigo: la multitud les abre paso y salen. Al irse todos tras ellos dice

Diego. ; Viva don Garcia de Orellana, virey de Nápoles!

Todos. ;Viva!

FIN DEL DRAMA.